

Anoche dormí en el Hogar de Cristo

Estas líneas fueron escritas por un sacerdote jesuita extranjero que visitó nuestro país no hace mucho. El trabaja con los más necesitados en su patria. Quiso sentir la miseria en carne propia... y llegó hasta la Hospedería del Hogar como uno del montón... Vestido como uno, sin avisar... Y así quedó inscrita su ficha, entre las 8 mil que llenamos cada año.

Un testimonio de la Caridad, signo de nuestro Tiempo.

A L principio me pareció bien ir allá. Después dudé. Se lo encomendé a la Providencia: "Si viene alguno del Hogar, voy"... y vino... Pero aún así me parecía una profanación o algo parecido. La pobreza es algo así como un sacramento para un cristiano. Yo no tenía derecho a hacer "experiencias" con ese misterio, que nos dejó Jesús, que es la pobreza: el pobre que siempre tendremos con nosotros.

Fui. Fui por estas razones: quería acompañar a Jesús que iba a pasar su noche en el amor del Hogar de Cristo. Fui así, para acompañarlo y para sentirme unido a Él, en la persona de cada uno de esos ciento cuarenta y cuatro hombres, muchachos y niños, aunque ellos no supieran que iba por ellos —por Él— para estar con Él, que era estar con ellos...

¿Hemos desvirtuado un poco o mucho el

(1) (De la Rev. Legio Mariae, para América española).

EVANGELIO... ¿Llegará un día en que volvamos a vivirlo sin concesiones, sin miedo a que nos incomode?... La dicha de ser cristiano ¿no está en vivir el AMOR a que Él nos llamó?

Así piensan esos hombres que en el Hogar de Cristo y en la Parroquia de Jesús Obrero conservan en su corazón y en su vivir y obrar el testamento del P. Alberto Hurtado, que supo vivir para Cristo sin minimizar las consecuencias que ello lleva consigo.

Y llegué a eso de las ocho de la noche a la puerta del "Hogar de Cristo" para unirme a Él con quien se iba a partir el pan y a quien se iba a albergar, en el vago y en el desocupado, en el hombre marcado por el vicio, en el muchacho que va a ser atenuado por el mal y aun en el chiquillo de seis o de ocho años.

Me senté en el suelo con ellos. No creo que notasen, en el atardecer, nada especial en mí. Pero a pesar de que yo me sentía como uno de ellos, tal vez notaban algo distinto en mí dentro de esa camisa a cuadros un poco grande y ese pantalón un poco chico. Sé por la experiencia de los conventillos de M. que es una materia que no domino: tengo que aprender a ser pobre.

El primero que se me acercó, me pidió la "colilla del cigarrillo" cuando éste llegase a ser "colilla"... Poco puede hablar; era un muchacho mongólico que no articulaba bien las palabras... le faltaba una pierna... El tema de la "colilla"

se repitió dos o tres veces... Alguna sirvió para entablar una charla rápida... Venía del Sur... Aquí, como al principio le robaron el dinero y los documentos, no conseguía trabajo por carecer de documentos: ahora que los tenía, no conseguía trabajo porque por su vestimenta no era bien recibida... Como yo, era la primera noche que llegaba al "Hogar de Cristo"; su mujer también había venido y estaba con su guagua de cinco días en el departamento de las mujeres... Hasta que nació la guagua estuvieron en una pensión que era "puras chinches" y costaba \$ 150 diarios por persona...

Estábamos haciendo cola para entrar después de los que tenían cama por haber venido otras noches anteriores.

Yo no contaba con el registro.

—¿Su nombre?... ¿Trabaja o está desocupado?

Y me sentí mintiendo inconscientemente:

—Desocupado desde hace varios días... *perdi la pega*.

—¿Su carnet?

—No lo traje.

—¿Recuerda el número?

—No.

—¿Dónde lo había sacado?

—En el Uruguay.

—¿En el Uruguay?... La tierra de Artigas y de Rodó ¿eh?

—Sí.

—Bien, *don Justo*, cama 28 en el primer piso...

Nunca, en ninguna ventanilla de comercio o administración pública había sentido lo cálido y afectuoso en su sinceridad de ese *Don Justo*... y pensé... ¡a mí me lo hicisteis!...

En el Hogar de Cristo no se pregunta nada más a nadie para recibirlo. Me senté a la mesa con otros... el muchacho que tenía enfrente, me pareció cohibido, tal vez él también un poco avergonzado. Era la primera vez que venía. Llegó una fuente con doce tazonas colmadas con un buen guiso de porotos; tomé una para mí... pero con disimulo la pasé. Los demás estaban pasando las otras a los del fondo de la mesa... Mis compañeros repartieron sus ajíes y me convidaron también... Y a dormir...

—¿La cama veintiocho?

—¡Es ésa! —fueron varias voces.

Era la de arriba en un cuarto donde había otras quince.

¡Cómo me hubiera gustado hablarle un poco al muchachito anónimo que tan seriamente, tan

decorosamente se estaba desvistiendo en la cama de al lado... pero él está ya acostumbrado a ser un cuerpo que necesita dormir y *no ser nada más*. ¿Cuánto tiempo hace que no tiene padres? ¿Cuánto que vaga o deambula o quiere conseguir algún trabajo o ha renunciado ya a trabajar? ¿Cuánto que es *él sólo*?

Existe el regalo maravilloso de la comunión de los Santos. A El me confié para que hiciera lo que yo no podía.

Y pedí también por los demás; por cada uno. A medida que los sentía un poco más cerca. Se hablaba ante mí como uno de tantos, sin temores... Pedí por el que contaba que lo habían llevado "sólo por sospecha", por que lo vieron con una botella en la mano. Pedí por los que el sueño hundió en seguida, para que mañana su anémica nueva edición de la vida fuese menos dura...

Se apagaron las luces, las conversaciones decayeron... algunos habían comenzado su sueño con un *attacato* molto vehemente de ronquidos. Se oyó:

—¡Por Dios, Señor, ¿por qué se trajo la moneta a la cama?...

Y nos dormimos.

Dieciséis hombres —Cristo dieciséis veces—, hoy, dormían en ese dormitorio en *su cama*.

—Compañeros, había dicho uno de ellos, hoy no voy a poder dormir: estoy acostado en una cama.

Y en los otros dormitorios hasta ciento cuarenta y cuatro veces duplicado Cristo pobre.

Antes que el nochero nos despertara con su: —"Camaradas, ¡vamos ya! ¡a levantarse pronto!"... el día había empezado a meterse a escondidas en nuestro dormitorio aunque nadie se había dado por enterado.

Nos levantamos. Nos lavamos sumariamente los más. Y al comedor a tomar un desayuno que para muchos tal vez sería toda su comida hasta el tazón de porotos de la noche.

Y nos fuimos como viajeros de una noche de travesía. Quizás mañana nos embarquemos juntos nuevamente, tal vez nunca más...

¿Qué ha hecho el Hogar de Cristo? Lo que Cristo Jesús hacía y nos ha llegado como mensaje, como mandato suyo: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado"... "Lo que hacéis a uno de estos pobres a Mí me lo hacéis".

Sin *esto* todo sobra. Con *esto* todo es a servir y amar en la extensión del Reino.

J. A.